

08.

Daniela Rawicz (coord.) *Leer a Simón Rodríguez. Proyecto para América.*

México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2020, 224 pp.

ISBN 978-607-8692-22-4

En la historiografía bolivariana se considera como un hito el juramento que Simón Bolívar pronunció el 15 de agosto de 1805 en el monte Aventino, frente a Roma, en compañía de su maestro y mentor don Simón Rodríguez. También es muy conocida y citada la carta, llena de elogios y reconocimientos, que, diecinueve años después, cuando estaba a punto de obtener su gloria máxima, Bolívar dedicó a su antiguo maestro, recién llegado de Europa. El genio y la figura de Bolívar, y su indudable papel en la liberación y fundación de cinco repúblicas de América han sido objeto de una inconmensurable bibliografía. En ella el filósofo venezolano ha quedado relegado al papel relevante, sí, pero secundario, de haber sido maestro, mentor y testigo privilegiado del Libertador. Sin embargo, la figura de Rodríguez brilla con luz pro-

pia por su obra escrita, sus ideas y sus acciones, aspectos que lo constituyen como uno de los personajes más emblemáticos y vigentes de Nuestra América.

El estudio acucioso de las obras de Rodríguez ha sido objeto de colectivos y centros académicos en diversas partes del mundo. En México existe el grupo de investigación “O inventamos o erramos” que lleva años dedicándose al estudio del pensamiento, la obra y la vida de Simón Rodríguez. En él se reúnen académicos y académicas de diversas instituciones de educación superior de nuestro país, bajo la dirección de María del Rayo Ramírez. El trabajo colectivo ha sido, en primer lugar, de búsqueda y reedición de las obras del filósofo venezolano: en 2018, bajo el sello de la Universidad Autónoma Metropolitana

(UAM), se publicó *Sociedades americanas en 1828. El proyecto editorial con las cinco ediciones facsimilares que constituyen el corpus de la obra clásica* y, en 2019, por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), *Dos extractos de Sociedades americanas en 1828*. En segundo lugar, el colectivo ha emprendido la lectura, reflexión y puesta al día de un pensamiento que, por razones múltiples, sigue vivo y tiene aún mucho por decir acerca de las realidades sociales que persisten en nuestro continente. Gracias a esta labor colectiva tenemos oportunidad de leer a un personaje cuya biografía por sí misma resulta interesante, salpicada toda de aventuras, y cuya obra lo revela como un escritor irreverente, heterodoxo, un filósofo, un pedagogo, un editor y un divulgador, un revolucionario que sabía que las declaraciones de independencia eran apenas el primer paso para producir un nuevo orden social en Nuestra América. En 2020, este grupo de investigación publicó *Leer a Simón Rodríguez. Proyecto para América*, libro colectivo editado por la UACM y coordinado por Daniela Rawicz, del cual proponemos aquí esta reseña.

Grandes retos impone la labor de consagrarse a estudiar una obra polémica y olvidada hasta cierto punto, borrada a propósito en su momento, como la de Simón Rodríguez. Diversas tareas se entre-

tejen para lograr los objetivos deseados. Labores arqueológicas, de exhumación, de andar a la caza de los textos del gran maestro, dispersos en diversas publicaciones, para reunirlos y publicarlos de nuevo para un público lector actual. Labores de estudio analítico y de exégesis, para comprender a cabalidad las ideas, el contenido, el alcance y la profundidad que tenía su proyecto para América. Plasmar los resultados de esos estudios en tesis o en libros para someter a la crítica de los lectores especializados los trabajos de investigación. Tareas de divulgación, como las Jornadas Rodriaguistas, que se realizan dos veces por año, para acrecentar la comunicación de resultados, compartir la obra entre un público más amplio. Se observa aquí un proceso dialéctico, impulsado por todas las personas que integran el grupo de investigación que sigue la máxima rodriguista: “O inventamos o erramos”. Por eso el rescate, estudio, análisis, publicación y divulgación de la obra de Rodríguez no puede ser algo estático; no se busca recuperar un tesoro arqueológico para colocarlo en una vitrina, donde habrá de permanecer en exhibición, pero intocable para el público en general. Por el contrario, se trata de comprender a cabalidad el contenido de la obra, su mensaje didáctico, su epistemología, su modo de mirar el mundo, para traerlo a la actualidad y, con el auténtico capital cultural que represen-

ta, poner en juego nuevas estrategias para la transformación de la realidad.

Citaré otra espléndida afirmación de Simón Rodríguez, varias veces repetida en el libro, con sobrada razón, debido a su profundidad, al punto que da vida al título: “Leer es resucitar ideas y para hacer esta especie de milagro es preciso conocer el espíritu de las difuntas o tener espíritus equivalentes que subrogarles”. En este libro habitan, respiran, están vivos los espíritus de 15 autoras y autores que portan carne y hueso, llevan nombre y apellido, y, de manera consciente, han elegido ser depositarios y artífices de tal acto de subrogación. Por eso también es tan atinada la cita de León Rozitchner que sirve de epígrafe al libro, una suerte de interpretación de las palabras de Rodríguez, de la cual copio solo una parte: “La lectura es una transfusión de sangre cálida para resucitar una muerte que pide, desde la nada, este milagro”.

El libro colectivo es, en ese sentido, un ejercicio de lectura rodriguista de la obra de Rodríguez —permítase aquí la redundancia—. Pues, si por una parte las autoras y los autores ejecutan una lectura de los textos del filósofo venezolano, de por sí meritoria, lo hacen en ese sentido descrito de resucitar sus ideas, traerlas al presente, para reflexionar con ellas los temas

de actualidad, adaptándolas, reinventándolas, no como la verdad revelada de un profeta, sino como la teoría y la práctica de un filósofo que propone un método de pensamiento y de lucha, que nos invita a pensar críticamente la realidad para transformarla de manera creativa, a través de la invención informada, apoyada precisamente en la lectura crítica de dicha realidad. En ese sentido, se trata de un modelo para armar, pero uno, por decirlo así, caleidoscópico, pues el resultado de cada lectura nunca ofrecerá el mismo modelo sino su variación, cargada de la interpretación que cada lector pueda dar a la obra del pensador.

El libro *Leer a Rodríguez* es, también, una guía de lectura, una especie de mapa que nos invita a conocer al personaje y a seguir sus itinerarios intelectuales, las principales inquietudes que lo movieron a reflexionar, escribir y actuar sobre la realidad que se empeñaba en transformar. Dirige, primero, un par de cartas de presentación para quienes no sabemos o tenemos apenas una vaga idea acerca de quién fue Simón Rodríguez. Una descolonización estética de su imagen, a cargo de María del Rayo Ramírez, permite desmontar una iconografía imaginada a partir de un fenotipo europeo. Nos encontramos así frente a un zambo, integrante de una casta de dudosa *calidad*, criado en

casa de niños expósitos, un marginado que construyó un pensamiento original para nuestra América, poseedor de una personalidad siempre polémica, anacrónica casi, vista con desconfianza por muchos de sus contemporáneos, pues no se amoldaba a los cánones establecidos debido a su rebeldía congénita, mantenida hasta el último momento. La descripción del personaje, a cargo de Mariana Brito, está escrita con el desenfado de una joven mujer que imprime vida, resucita casi, al ilustre maestro caraqueño. Colocados de esta manera en el contexto apropiado, los lectores podemos pasar entonces a conocer diversas aproximaciones y lecturas de la obra de Rodríguez, que terminan esa demostración, ya iniciada por las primeras autoras, acerca de la complejidad de la persona, la profundidad y fecundidad de su pensamiento y el alcance de sus ideas que quedaron en proyecto.

Es fascinante observar a un autor que juega con la tipografía para enfatizar, subrayar y crear imágenes de palabras que impactan en la memoria; un texto acompañado de su paratexto, un plan de trabajo y un proyecto que se despliegan visualmente en el acto mismo de escribir, para avanzar, sobre la marcha, sobre lo que había que hacer, que era mucho, urgente y acaso no podía esperar a la publicación integral del proyecto en todos sus detalles.

Grecia Monroy y María del Rayo Ramírez detallan la forma de proceder de un filósofo que piensa y siente desde el cuerpo, que propone un método de conocimiento a partir de la identificación de las necesidades materiales y las vías para satisfacerlas. De esta manera, se puede visualizar la obra de Rodríguez a partir de una estética, una epistemología y una erótica del cuerpo humano en sí, del texto y de su paratexto con sus múltiples expresiones tipográficas, que componen verdaderos cuadros, dignos de apreciación.

Educador y filósofo, Rodríguez dedicó gran parte de su vida a la educación, considerándola una necesidad histórica de la liberación, indispensable para pasar de la fundación de las repúblicas a su consolidación. Por ello, acerca de su propuesta educativa, de su didáctica y de su método pedagógico se proponen dos aproximaciones desde la lectura de María del Rayo Ramírez, por una parte, y de Richards Monroy y Edgar García, por otra. No sorprende notar cierta afinidad entre la pedagogía rodriguista y la pedagogía de Paulo Freire. Es factible encontrar paralelismos, preocupaciones comunes y semejanzas entre la obra de uno y otro, aunque se encuentren separadas por la distancia histórica, la geografía y la lengua. Los vasos comunicantes que se pueden registrar, en ese sentido, se explican por la preva-

lencia de estructuras sociales, económicas y culturales que caracterizan a las sociedades de Nuestra América desde hace doscientos años, por la mirada empática que ambos autores proyectaban hacia los de abajo, así como por sus anhelos compartidos de liberación.

Los textos de Ramírez, Monroy y García también hablan sobre el modo en que Rodríguez comprendía la realidad a partir de la sensibilidad, en una inseparable relación entre pensamiento y sentimiento, entre razón y sensibilidad, entre cerebro y cuerpo. Sobre la importancia de la sensibilidad como método de conocimiento en Rodríguez también nos habla Aarón Manuel Preciado Ramírez, para completar la idea de que estamos frente a un filósofo que amaba el conocimiento y lo producía no solo desde la razón, sino también desde el sentimiento, en una dialéctica cognitiva que involucraba la capacidad humana de ponerse en el lugar del otro, de la otra, en ser sensible a sus necesidades, como punto de partida para comprender y lograr el bien común mediante la acción colectiva compartida. Sobre sus muy particulares formas de argumentar, a partir de un método de comprensión en cinco pasos bien identificados, nos habla Luis Felipe Cabañas, afirmando una vez más esa preocupación central del filósofo por comprender la realidad a partir uno mismo y de los otros,

del contexto espacial e histórico en que nos desenvolvemos, con el fin de establecer un análisis crítico que sirva como base para el proyecto de transformación libertaria.

La dimensión estética de Rodríguez es abordada desde otro punto de vista, sorprendente, por parte de Jorge González, quien nos propone una interpretación musical de la obra rodriguista. Una apuesta por comprender sus textos como partituras que contienen melodía, armonía, ritmo, acentos y matices musicales: una composición, en el pleno sentido de la palabra, que se presta a la sensibilidad del intérprete para su ejecución, cambiante cada vez. Otro aspecto indispensable para acercarnos al filósofo es comprender el modo en que recurre, de manera constante, a la ironía como un método para exponer, enfatizar y subrayar sus puntos de vista, mostrar las contradicciones de sus detractores y las falencias de los sistemas republicanos que estaban en reconstrucción. Daniela Rawicz propone una lectura muy fina de la ironía en el despliegue argumentativo de Rodríguez y nos pone sobre aviso para no quedar en la trampa. Finalmente, el libro cierra con la fantástica experiencia editorial emprendida por un grupo de estudiantes, Alfredo Díaz, Gabriela Trinidad, Itzel García, Omar Velasco, Sandra González y Sandra Nicté. Narran con particular entusiasmo, que mucho se contagia, sus

empeños para editar el *Mercurio Rodri-guista*, un periódico que sigue las pautas de pensamiento y de impresión, los usos textuales y paratextuales de Rodríguez, en un espíritu lúdico, creativo, para exponer temas de actualidad.

Destaca el trabajo realizado por la coordinadora del libro, Daniela Rawicz, quien organizó de manera muy clara, lógica, las distintas lecturas propuestas por cada uno de los autores sobre la obra del pensador. Es de esperarse que este libro colectivo, tejido desde el grupo de investigación “O inventamos o erramos”, sea el primero de una larga serie de lecturas y relecturas, de actualizaciones de la obra de Simón Rodríguez, tan indispensable todavía para el proyecto transformador de Nuestra América.

Ernesto Aréchiga Córdoba
Academia de Historia y
Sociedad Contemporánea,
Universidad Autónoma de la
Ciudad de México